

El planeta de los tugurios

Mike Davis

Editor. New Left Review.

En algún momento de este año, una mujer parirá en Ajengule, una barriada de tugurio de Lagos, un joven abandonará su aldea en el oeste de Java para huir a las brillantes luces de Yakarta o un agricultor llevará a su empobrecida familia a uno de los innumerables «pueblos jóvenes» de Lima. El suceso en sí mismo carece de importancia y pasará por entero inadvertido. De todos modos, constituirá un momento crucial en la historia humana. Por primera vez la población urbana de la Tierra superará en número a la rural. De hecho, dadas las imprecisiones de los censos del Tercer mundo, este cambio trascendental puede ya haberse producido.

La Tierra se ha urbanizado con mayor rapidez de la que predijo el Club de Roma en *Los límites del crecimiento*, su informe notoriamente maltusiano de 1972. En 1950, había 86 ciudades en el mundo con una población de más de un millón de habitantes; hoy hay 400 y para 2015 habrá, al menos, 550.¹ Las ciudades han absorbido, sin dudas, casi los dos tercios de la

explosión que se ha producido en la población mundial a partir de 1950, y en estos momentos crecen en un millón de bebés y emigrantes a la semana.² La población urbana actual (3 200 millones) es mayor que la población total del mundo en 1960. Las zonas rurales, mientras tanto, han alcanzado su población máxima (3 200 millones) y comenzarán a reducirse después de 2020. Como resultado, las ciudades representarán *todo* el crecimiento futuro de la población mundial, que se prevé alcance su punto máximo en 2050, en unos 10 mil millones.³

El climaterio urbano

¿Dónde están los héroes, los colonizadores,
las víctimas de la Metrópolis?

Bertold Brecht, *Entrada en su diario*, 1921

Alrededor de 95% de este aumento poblacional se producirá en las zonas urbanas de los países en desarrollo, la población de los cuales se duplicará hasta casi 4 mil millones en la próxima generación. Los resultados de mayor importancia serán el florecimiento

Tomado de *New Left Review*, n. 26, marzo-abril de 2004. *Temas* agradece al autor su gentileza por autorizarnos a publicar este texto.

de nuevas megaciudades con poblaciones de más de 8 millones y, lo que todavía es más espectacular, de hiperciudades con más de 20 millones de habitantes, la población urbana del mundo que se calcula había en el momento de la Revolución francesa. En 1995, solo Tokio había alcanzado indiscutiblemente ese umbral. Para 2025, Asia podría tener, ella sola, diez u once conurbanizaciones de esa índole, entre ellas Yakarta (24 millones 900 mil), Dhaka (25 millones) y Karachi (26 millones y medio). Shanghai, a la que las políticas maoístas de suburbanización deliberada congelaron durante decenios, podría contener hasta 27 millones de residentes. Además, se piensa que Bombay alcance 33 millones, aunque no se sabe si estas gigantescas concentraciones de pobreza resultarán sostenibles desde los puntos de vista biológico y ecológico.

Pero si las megaciudades son las estrellas de mayor brillo en el firmamento urbano, las tres cuartas partes del crecimiento de la población correrán por cuenta de ciudades de segunda línea y zonas urbanas menores apenas visibles, lugares donde, como recalcan los investigadores de Naciones Unidas, «hay poca o ninguna planificación que permita acomodar o brindar servicios a estas personas». ⁴ En China —que en 1997 era oficialmente urbana en 43%— el número de ciudades oficiales ha aumentado de 193 a 640 desde 1978. Pero a pesar de su extraordinario crecimiento, las grandes metrópolis en realidad han disminuido en relación con el número total de pobladores urbanos. Son más bien las ciudades pequeñas y los pueblos, que han pasado a ser ciudades en los últimos tiempos los que han absorbido a casi toda la mano de obra rural a la que las reformas de mercado posteriores a 1979 dejaron sin trabajo.

Del mismo modo, en África el crecimiento, al estilo de las supernovas, de unas pocas ciudades gigantes como Lagos (de 300 000 en 1950 a 10 millones hoy) ha sido igualado por la transformación de varias docenas de oasis y pueblos, como Uagadugú, Nuakchot, Douala, Antanarivo y Bamako, en ciudades mayores que San Francisco o Manchester. En América Latina, donde las urbes principales monopolizaron durante mucho tiempo el crecimiento, hoy florecen ciudades secundarias como Tijuana, Curitiba, Temuco, Salvador y Belem, «con el crecimiento de mayor rapidez en ciudades entre 100 000 y 150 000 habitantes». ⁵

Además, la urbanización debe concebirse como una transformación estructural a lo largo de una escala urbana-rural y con una interacción intensificada en cada punto de ella. Un estudio monográfico sobre el sur de China refleja que el campo se está urbanizando *in situ*, al tiempo que genera migraciones trascendentales. «Las aldeas se convierten más bien en ciudades mercados, y las ciudades pequeñas y cabeceras de municipio se

convierten en algo más parecido a ciudades mayores». ⁶ El resultado en China y gran parte de Asia Sudoriental es un paisaje hermafrodita, un campo parcialmente urbanizado que Gouldin y otros dicen que puede ser «una nueva vía importante de asentamiento y desarrollo humanos... una forma que no es urbana ni rural, sino una mezcla de los dos en que una densa trama de transacciones ata a los grandes centros urbanos con sus regiones circundantes». ⁷ En Indonesia, donde se ha desarrollado un proceso similar de hibridación urbano-rural en Jabotek, la región de Yakarta metropolitana, los investigadores llaman *desokotas* a estas nuevas pautas de uso de la tierra y debaten si se trata de paisajes de transición o de una drástica especie nueva de urbanismo. ⁸

Los urbanistas especulan también sobre los procesos que entretejen las ciudades del Tercer mundo en extraordinarias redes, corredores y jerarquías nuevas. Por ejemplo, los deltas del río Perla (Hong Kong-Cantón) y el río Yangtzé (Shangai), junto con el corredor Beijing-Tianjin, se convierten con rapidez en megalópolis urbano-industriales comparables a Tokio-Osaka, la región inferior del Rin o Nueva York-Filadelfia. Pero esta pudiera ser solo la primera etapa del surgimiento de una estructura incluso mayor: «un corredor urbano continuo que se extienda desde Japón y Corea del Norte hasta el occidente de Java». ⁹ Entonces Shangai se sumará casi sin dudas a Tokio, Nueva York y Londres como una de las «ciudades del mundo» que controlan la red mundial de flujos de capital e información. El precio de este nuevo orden urbano será la desigualdad creciente entre ciudades de distintos tamaños y especializaciones dentro de ellas.

De regreso a Dickens

Vi innumerables huéspedes, condenados a la oscuridad, la suciedad, la pestilencia, la obscenidad, la pobreza y la muerte temprana.

Charles Dickens, «Una visión de diciembre», 1850

La dinámica de la urbanización en el Tercer mundo repite y echa por tierra a un tiempo los precedentes de Europa y la América del Norte de los siglos XIX y principios del XX. En China, la mayor revolución industrial de la historia es la palanca de Arquímedes que traslada una población del tamaño de la de Europa desde aldeas rurales a ciudades que se alzan al cielo y se ahogan en *smog*. Como resultado, «China dejará de ser el país predominantemente rural que ha sido durante milenios». ¹⁰ De hecho, el gran ojo del centro financiero mundial de Shangai pudiera pronto mirar hacia un vasto mundo urbano que Mao o Le Corbusier difícilmente

hubieran imaginado. Pero en la mayor parte del mundo en desarrollo, el crecimiento urbano carece del poderoso motor manufacturero de China, así como de su vasta entrada de capital extranjero, en estos momentos igual a la mitad del total de las inversiones extranjeras en el mundo en desarrollo.

Como consecuencia, en otros lugares la urbanización ha estado radicalmente desvinculada de la industrialización, e incluso del desarrollo. Algunos dirían que se trata de la expresión de una tendencia inexorable, inherente al «capitalismo de silicona», de desvincular el crecimiento de la producción del empleo. Pero en África subsahariana, América Latina, el Medio Oriente, así como en varias partes de Asia, la urbanización sin crecimiento es más evidentemente un legado de una coyuntura política mundial —la crisis de la deuda de fines de los años 60 y la consiguiente reestructuración de las economías del Tercer mundo guiada por el Fondo Monetario Internacional (FMI) en los años 80— que una ley de hierro de la tecnología en avance. La urbanización del Tercer mundo, además, continuó su ritmo acelerado (3,8% anual entre 1960 y 1993) a través de los difíciles años 80 y principios de los 90, a pesar de la disminución en los salarios reales, el alza rápida de los precios y el desenfrenado incremento del desempleo urbano.

Este «perverso» auge urbano contradujo los modelos económicos ortodoxos que predijeron que la retroalimentación negativa de la recesión urbana disminuiría e incluso invertiría la migración del campo. El caso de África resultó especialmente paradójico. ¿Cómo podían sostener un crecimiento de población de 5 a 8% anual ciudades de Costa de Marfil, Tanzania, Gabón y otros lugares? Parte del secreto, por supuesto, era que las políticas de desreglamentación agrícola y «descampesinización» impuestas por el FMI —y ahora por la Organización Mundial de Comercio (OMC)— aceleraban el éxodo de la fuerza laboral rural excedente a las barriadas de tugurios urbanos, incluso cuando las ciudades dejaban de ser maquinarias de empleo. El incremento de la población urbana, a pesar de la existencia de un crecimiento económico estacionario o negativo, es el rostro extremo de lo que algunos investigadores han llamado «sobrurbanización». Esta constituye solo una de las diversas vías inesperadas, a lo largo de las cuales el orden mundial neoliberal ha conducido la urbanización del milenio.

La teoría social clásica, de Marx a Weber, creía que las grandes ciudades del futuro seguirían los pasos de industrialización de Manchester, Berlín y Chicago. De hecho, Los Ángeles, São Paulo, Pusán y, hoy, Ciudad Juárez, Bangalore y Cantón se han aproximado más o menos a esta trayectoria clásica. Pero la mayoría de las ciudades del Sur guardan mayor semejanza con el

Dublín victoriano que, como ha recalcado Emmet Larkin, fue singular entre «todos los barrios de tugurios del mundo occidental en el siglo XIX... [porque] sus tugurios no fueron provocados por la revolución industrial. De hecho, entre 1800 y 1850, Dublín sufrió más por problemas causados por la desindustrialización que por la industrialización».¹¹

Del mismo modo, Kinshasa, Jartum, Dar es Salaam y Lima crecieron de modo prodigioso a pesar de la ruina de las industrias de sustitución de importaciones, la contracción de los sectores públicos y la movilidad descendente de las clases medias. Las fuerzas mundiales que «sacan» a las personas del campo —la mecanización en Java y en India; las importaciones de alimentos en México, Haití y Kenya; la guerra civil y la sequía en toda África y, en todas partes, la consolidación de pequeñas parcelas en grandes y la competencia de las agroindustrias de gran escala— parecen mantener la urbanización incluso cuando la deuda y la depresión debilitan de modo drástico la «atracción» de la ciudad. Al propio tiempo, el rápido crecimiento urbano en el contexto del ajuste estructural, la devaluación de la moneda y los recortes estatales han constituido una receta inevitable para la producción en masa de barrios marginales. Como resultado, gran parte del mundo urbano se retrotrae con rapidez a la era de Dickens.

La sorprendente preponderancia de tugurios es el tema principal del informe histórico y sombrío publicado en octubre de 2003 por el Programa de Asentamientos Humanos de Naciones Unidas (UN-Habitat).¹² *The Challenge of the Slums* [El desafío de los tugurios, en lo adelante, *Slums*] es la primera comprobación verdaderamente mundial de la pobreza urbana. Integra con habilidad diversos estudios monográficos urbanos de Abidján a Sydney con datos de familias de todo el mundo, que por primera vez incluyen a China y al antiguo bloque soviético.¹³ *Slums* es también poco usual por su honradez intelectual. Uno de los investigadores asociados al informe dijo que «los tipos del “Consenso de Washington” (Banco Mundial, FMI, etc.) siempre han insistido en definir el problema de los barrios marginales de todo el mundo no como resultado de la globalización y la desigualdad, sino más bien del “mal gobierno”». El nuevo informe, sin embargo, rompe con la tradicional circunspección y autocensura de Naciones Unidas para inculpar de lleno al neoliberalismo, sobre todo a los programas de ajuste estructural del FMI.¹⁴ Sin dudas, *Slums* desatiende —o deja para informes posteriores de UN-Habitat— algunos de los problemas más importantes sobre el uso de la tierra como consecuencia de la sobrurbanización y de los asentamientos informales, incluido el crecimiento urbano incontrolado, la degradación ambiental y los peligros ciudadanos.

Tampoco arroja mucha luz sobre los procesos que expulsan a los trabajadores del campo o incorpora los hallazgos de una creciente literatura sobre las dimensiones de género de la pobreza urbana y el empleo en los sectores informales. Pero dejando a un lado estos reparos, sigue siendo una exposición inapreciable que amplía resultados de investigaciones con la autoridad institucional de Naciones Unidas. Si los informes del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático representan un consenso científico sin precedentes sobre los peligros del calentamiento de la Tierra, *Slums* hace sonar una advertencia igualmente dura sobre la catástrofe mundial de la pobreza urbana. Y, para los fines de este artículo, brinda un marco excelente para reconocer los debates contemporáneos sobre la urbanización, la economía no estructurada, la solidaridad humana y la acción histórica.

La urbanización de la pobreza

La montaña de basura parecía extenderse hasta muy lejos. Entonces, gradualmente, sin demarcación o frontera perceptible, pasó a ser otra cosa. ¿Pero qué? Una colección revuelta y patética de estructuras. Cajas de cartón, madera contrachapada y podrida, carrocerías oxidadas y sin cristales de coches habían sido arrojados juntos para hacer moradas.

Michael Thelwell, *The Harder They Come*, 1980

Se dice que la primera definición publicada de *slum*¹⁵ apareció en 1812 en el *Vocabulary of the Flash Language* de Vaux, donde es sinónimo de «barullo, enredo» o de «comercio delictivo». ¹⁶ Para los años del cólera (1830 y 1840), sin embargo, el *slum* había pasado a ser el lugar donde los pobres habitaban, no el modo como se comportaban. Una generación después, se habían encontrado tugurios en América y la India, y se les solía reconocer como un fenómeno internacional. El «barrio de tugurios clásico» era un lugar notoriamente pueblerino y pintorescamente local, pero los reformadores solían convenir con Charles Booth en el sentido de que todos se caracterizaban por una amalgama de viviendas desvencijadas, hacinamiento, pobreza y vicio. Para los liberales del siglo XIX, la dimensión moral era decisiva y se veía sobre todo como un lugar en que un «residuo» social se pudría en medio de una inmoral y a veces desenfrenada magnificencia. Los autores de *Slums* descartan las calumnias victorianas, pero en otros sentidos conservan la definición clásica: hacinamiento, viviendas pobres o mal construidas, acceso inadecuado a agua potable, falta de saneamiento ambiental e inseguridad de tenencia.

La definición multidimensional constituye en realidad un calibrador muy conservador de qué barriada cumple los requisitos para considerarse un tugurio. A muchos lectores les sorprenderá el resultado que reflejan Naciones Unidas y que va contra la experiencia: solo 19,6% de los mexicanos viven en tugurios. Sin embargo, incluso dentro de esta definición restrictiva, *Slums* calcula que en 2001 había al menos 921 millones de habitantes en barrios miseria, cifra casi igual a la población mundial cuando el joven Engels se aventuró por primera vez a caminar por las calles humildes de Manchester. De hecho, el capitalismo neoliberal ha multiplicado exponencialmente el notorio barrio de Tom el Solitario en *La casa deshabitada* de Dickens. Los residentes de los tugurios constituyen una pasmosa proporción de 78,2% de la población urbana en los países menos desarrollados y hasta la tercera parte de la mundial. Extrapolando las estructuras de edad de la mayoría de las ciudades del Tercer mundo, al menos la mitad de la población de estos barrios tiene menos de veinte años. Los porcentajes más elevados se encontraron en Etiopía (un impresionante 99,4% de la población urbana), Chad (también 99,4%), Afganistán (98,5%) y Nepal (92%). Es probable que las poblaciones urbanas más pobres, sin embargo, se encuentren en Maputo y Kinshasa, donde las dos terceras partes de los residentes ganan menos que el costo de la mínima nutrición diaria requerida. En Delhi, los planificadores urbanos se quejan amargamente de los «barrios de tugurios dentro de los barrios de tugurios», según los ocupantes ilegales toman pequeños espacios abiertos en las colonias periféricas de reasentamiento de las que, a mediados de los años 70, expulsaron brutalmente a los antiguos habitantes urbanos pobres. En El Cairo y Phnom Penh, personas recién llegadas a la ciudad ocupan ilegalmente los techos de las casas, o rentan espacio en ellos, creando ciudades de tugurios en el aire.

En los censos realizados a las poblaciones de estos barrios suelen producirse enumeraciones incompletas, en ocasiones deliberadas y a veces de enormes proporciones. A fines de los años 80, por ejemplo, Bangkok tenía una tasa de pobreza «oficial» de solo 5%, pero varias encuestas encontraron que casi la cuarta parte de la población (1 millón 160 mil personas) vivía en tugurios y tierras ocupadas de modo ilegal. También la Organización de Naciones Unidas descubrió hace poco que enumeraban involuntariamente de modo incompleto la pobreza urbana en África, por amplios márgenes, y que era probable que los moradores de barrios de tugurios en Angola fueran dos veces más de lo que originalmente se creía. Del mismo modo, subestimaron el número de moradores urbanos pobres en Liberia, lo que no es de sorprender, dado que Monrovia triplicó su población en un solo año (1989-1990),

cuando se produjo la huida de los aterrorizados campesinos de una brutal guerra civil.

Mientras los barrios de tugurios clásicos se encontraban en los vecindarios viejos que ocupaban el centro de la ciudad, los nuevos se ubican más bien en los márgenes de los lugares donde se producen vertiginosos desbordamientos espaciales urbanos. El crecimiento horizontal de ciudades como México, Lagos y Yakarta ha sido extraordinario, por supuesto, y el aumento desordenado de los barrios de tugurios es tanto un problema en el mundo en desarrollo como el crecimiento suburbano anárquico en los países ricos. La zona desarrollada de Lagos, por ejemplo, se duplicó en un solo decenio, entre 1985 y 1994. Además, Lagos es solo el nódulo mayor en el corredor de barrios de viviendas precarias que se extiende de Abidján a Ibadán, tal vez la mayor huella continua de pobreza urbana en el planeta.

La ecología de los barrios de tugurios gira en torno a la existencia de espacios de asentamiento. En un estudio publicado en *Harvard Law Review*, Winter King afirma que 85% de los residentes urbanos del mundo en desarrollo «ocupan espacios ilegalmente». ¹⁷ En último caso, la indeterminación de los títulos de propiedad de la tierra o la laxitud de la propiedad estatal, o ambas cosas, son las rendijas a través de las cuales ha afluido a las ciudades una vasta humanidad. Las modalidades de asentamiento en los tugurios varían a lo largo de un amplio espectro, desde invasiones de tierras muy disciplinadas en Ciudad México y Lima hasta mercados de alquiler intrincadamente organizados, pero muchas veces ilegales, en las afueras de Beijing, Karachi y Nairobi. Incluso en ciudades como Karachi, donde la periferia urbana es propiedad oficial del gobierno, «el sector privado sigue obteniendo vastas ganancias de la especulación de la tierra a expensas de familias de bajos ingresos». ¹⁸ De hecho, la maquinaria política local y nacional suele consentir los asentamientos informales —y la especulación privada ilegal— mientras le sea posible controlar el carácter político de los tugurios y extraer una corriente sistemática de sobornos o alquileres. Sin títulos oficiales de tierras o propiedad de sus viviendas, los pobladores de esos barrios se ven obligados a dependencias casi feudales de los funcionarios locales y pejes gordos de los partidos. La deslealtad puede significar el desalojo o incluso el derribo de un distrito completo.

Las infraestructuras de supervivencia, mientras tanto, marchan muy a la zaga de la urbanización y las zonas de tugurios periurbanas suelen no tener servicios públicos o de saneamiento de ningún tipo. Por regla general, las zonas pobres de las ciudades latinoamericanas tienen mejores servicios que las de Asia meridional que, a su vez, suelen tener servicios urbanos mínimos, como agua

y electricidad, de los que carecen muchos tugurios africanos. Como en el antiguo Londres victoriano, la contaminación del agua por desechos humanos y animales sigue siendo la causa de enfermedades diarreicas crónicas que cada año provocan la muerte de, al menos, dos millones de bebés y niños de poca edad. Se calcula en 57% la falta de acceso de los africanos a saneamiento básico y en ciudades como Nairobi los pobres deben confiar en los «inodoros volantes» (defecar en una bolsa de plástico). Aparte de la incidencia de la epidemia del VIH/SIDA, Naciones Unidas considera que dos de cada cinco habitantes de barrios de tugurios en África viven en una pobreza que literalmente «amenaza su vida». ¹⁹

Mientras tanto, en todas partes los pobres urbanos se ven obligados a asentarse en terrenos peligrosos o en los que por otras causas no puede construirse: laderas demasiado escarpadas, orillas de ríos y llanuras de inundación. También ocupan ilegalmente las sombras letales de refinerías, fábricas de productos químicos, vertederos tóxicos o márgenes de vías férreas y carreteras. La pobreza, por tanto, ha «construido» problemas de desastre urbano de frecuencia y alcance sin precedentes, según se tipifica en las inundaciones crónicas de Manila, Dhaka y Río, las conflagraciones provocadas por los oleoductos en Ciudad México y Cubatao, Brasil, y la catástrofe de Bhopal en la India, la explosión de la planta de municiones en Lagos y los letales aludes de lodo en Caracas, La Paz y Tegucigalpa. Las comunidades marginadas de pobres urbanos, además, son vulnerables a repentinos estallidos de violencia estatal, como la tristemente célebre destrucción, en 1990, del barrio miseria de la playa de Maroko, en Lagos —«una monstruosidad ante los ojos de la comunidad vecina de Victoria Island, baluarte de los adinerados»— o la demolición, en 1995, en un terrible tiempo invernal, del enorme asentamiento de precaristas de Zhenjancun, en las afueras de Beijing.

Pero por terribles e inseguros que sean, los barrios de tugurios tienen un futuro brillante. Durante un período breve, la mayoría de los pobres del mundo seguirá residiendo en zonas rurales, pero para 2035 ese título, no muy bienvenido, pasará a los tugurios urbanos. Al menos la mitad de la venidera superpoblación urbana del Tercer mundo se encontrará en comunidades informales. Dos mil millones de habitantes de tugurios para 2030 o 2040 constituyen una perspectiva monstruosa, casi incomprensible; pero la pobreza urbana traslapa y excede los barrios en sí. De hecho, *Slums* subraya que en algunas ciudades la mayoría de los pobres vive, en realidad, fuera del barrio de tugurios propiamente dicho. Los investigadores del *Urban Observatory* de Naciones Unidas advierten, además, que para 2020 «la pobreza urbana en el mundo

podría alcanzar entre 45 y 50% de la población total que vive en las ciudades».²⁰

El big bang de la pobreza urbana

Después de su misteriosa risa, enseguida cambiaron de tema. ¿Cómo sobrevivían los de casa el programa de ajuste estructural?

Fidelis Bagolun, *Adjusted Lives*, 1995

La evolución de la nueva pobreza urbana ha sido un proceso histórico no lineal. El paulatino aumento de las barriadas marginales en la periferia citadina está salpicado por tormentas de pobreza y por súbitas explosiones de construcción de tugurios. En su colección de cuentos *Adjusted Lives*, el escritor nigeriano Fidelis Balogun describe la llegada del Programa de Ajuste Estructural, impuesto por el FMI a mediados de los años 80, como el equivalente de una enorme catástrofe natural que destruyó para siempre la vieja alma de Lagos y «esclavizó de nuevo» a los nigerianos urbanos.

La curiosa lógica de este programa económico pareció ser que, a fin de restaurar la economía moribunda, resultaba necesario sacar primero todo el jugo a la mayoría más desfavorecida de los ciudadanos. La clase media desapareció enseguida y los montones de basura de los pocos ricos que iban quedando se convirtieron en la mesa de comer de la acrecentada población de indigentes. La fuga de cerebros hacia los países árabes, ricos en petróleo, y el mundo occidental se hizo extrema. Los sobrevivientes no solo de los otros treinta países africanos donde se implantó el Programa de Ajuste Estructural, sino también cientos de millones de asiáticos y latinoamericanos, reconocerían al instante las quejas de Balogun sobre la «privatización a rajatabla y el tener más hambre cada día», o su enumeración de las consecuencias malévolas del Programa. Durante los años 80, cuando el FMI y el Banco Mundial usaron la influencia del endeudamiento para reestructurar las economías de la mayor parte del Tercer mundo, los tugurios se convirtieron en un futuro implacable, no solo para los emigrantes rurales pobres, sino también para millones de pobladores tradicionalmente urbanos a los que la violencia del «ajuste» había desplazado o empobrecido.

Como recalca *Slums*, los programas de ajuste estructural eran «deliberadamente antiurbanos por su naturaleza»; estaban diseñados para invertir cualquier «sesgo urbano» que existiera con anterioridad en las políticas de asistencia social, la estructura fiscal o la inversión oficial.²¹ Actuando como agente judicial de los grandes bancos y con el apoyo de los gobiernos de

Ronald Reagan y de George Bush, el FMI ofreció a los países pobres el mismo cáliz envenenado de devaluación, privatización, eliminación de los controles de importación y las subvenciones alimentarias, la recuperación obligatoria de los costos de salud y la enseñanza, y la reducción implacable del sector público. Al propio tiempo, los programas de ajuste estructural devastaron a los pequeños agricultores al eliminar las subvenciones y empujarlos, en condiciones de «nadas o te ahogas», a los mercados mundiales de productos básicos, dominados por las industrias agroalimentarias del Primer mundo. Pero las zonas urbanas de África y América Latina fueron las más golpeadas por la depresión artificial urdida por el FMI y la Casa Blanca. De hecho, en muchos países la repercusión económica de los programas de ajuste estructural en los años 80, junto con la prolongada sequía, el aumento de los precios del petróleo, el incremento de las tasas de interés y la disminución de los precios de los productos básicos, fue más grave y prolongada que la Gran Depresión.

El balance general del ajuste estructural en África incluye la fuga de capitales, el desplome de manufacturas, el aumento marginal o negativo de los ingresos por concepto de exportaciones, los cortes drásticos a los servicios públicos urbanos, el incremento de los precios y la aguda disminución de los salarios reales. En Kinshasa, el *assainissement*²² eliminó la clase media de empleados públicos y produjo una «increíble disminución en los salarios reales» que, a su vez, dio origen a un espeluznante aumento del delito y las pandillas.²³ En Dar es Salam, los gastos en servicios públicos por persona disminuyeron 10% anual en los años 80, prácticamente la demolición del Estado local.²⁴ En Jartum, la liberalización y el ajuste estructural, según investigadores locales, crearon un millón cien mil «nuevos pobres, en su mayoría procedentes de grupos asalariados o empleados del sector público».²⁵ En Abidján, una de las pocas ciudades tropicales africanas con un importante sector manufacturero y servicios urbanos modernos, el sometimiento al régimen de los programas de ajuste estructural condujo claramente a la desindustrialización, la caída de la construcción y un rápido deterioro en el tránsito y el saneamiento públicos. En Nigeria, la pobreza extrema, crecientemente urbanizada en Lagos, Ibadan y otras ciudades, pasó de 28% en 1980 a 66% en 1996. El Banco Mundial informa que «el PNB per cápita, de unos 260 dólares hoy, es inferior al de la independencia hace cuarenta años y se encuentra por debajo del nivel de 370 dólares que se alcanzó en 1985».²⁶

En América Latina, los programas de ajuste estructural, muchas veces aplicados por las dictaduras militares, desestabilizaron las economías rurales al tiempo que atacaban con fiereza el empleo y la vivienda

urbanos. La desigualdad, entretanto, crecía enormemente. En Santiago, la dictadura de Augusto Pinochet arrasaba las barriadas marginales y desalojaba a los ocupantes ilegales que habían sido radicales, con lo que obligaba a las familias pobres a convertirse en allegadas, duplicando e incluso triplicando el número de habitantes de la misma vivienda alquilada. En Lima, donde el valor del salario mínimo disminuyó 83% durante la recesión del FMI, el porcentaje de familias que vivían por debajo del límite de la pobreza aumentó de 17% en 1985 a 44% en 1990.²⁷ En Río de Janeiro, la desigualdad medida en los clásicos coeficientes de Gini se elevó de 0,58 en 1981 a 0,67 en 1989.²⁸ De hecho, en toda América Latina los años 80 profundizaron los abismos y elevaron las cumbres de la topografía social más extrema del mundo. Según un informe del Banco Mundial, en 2003, los coeficientes de Gini son 10 puntos mayores en América Latina que en Asia; 17,5 mayores que en los países de la OCDE y 20,4 mayores que en Europa oriental.²⁹

En todo el Tercer mundo, las conmociones económicas de los años 80 obligaron a las personas a reagruparse en torno a fondos comunes de familias y, sobre todo, a las habilidades de supervivencia e ingenio desesperado de las mujeres. En América Latina, donde la participación femenina en la fuerza laboral urbana siempre ha sido inferior a la de otros continentes, en los años 80 fue especialmente notable su entrada en el sector informal. Christian Rogerson nos recuerda que en África, donde los iconos del sector informal son las mujeres que administran bares ilegales —los *sbebeen*— o se dedican a la venta ambulante de productos alimentarios, la mayoría de las del sector informal no trabaja por su cuenta ni es independiente desde el punto de vista económico, sino que trabaja para otros.³⁰ La pobreza urbana también se feminizó enormemente en los antiguos países del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) después de la caída del Muro de Berlín. A principios de los años 90, la extrema pobreza en los antiguos «países de transición» —como los llama Naciones Unidas— se elevó de 14 a 168 millones, un enorme empobrecimiento casi sin precedentes en la historia.

En teoría, por supuesto, los años 90 debieron haber reparado los daños de los 80 y permitido a las ciudades del Tercer mundo recuperar el terreno perdido y zanjar los cismas de desigualdad creados por los programas de ajuste estructural. Al dolor del ajuste debió haber seguido el analgésico de la globalización. De hecho, según observa irónicamente *Slums*, los años 90 fueron el primer decenio en que se produjo el desarrollo urbano mundial con parámetros casi utópicos de libertad neoclásica de mercado. El comercio continuó ampliándose a un ritmo casi sin precedentes, las zonas

prohibidas se abrieron y los gastos militares disminuyeron. Todos los insumos básicos para la producción se abarataron, según los tipos de interés disminuían con rapidez junto con el precio de los principales productos básicos. Los controles nacionales restringían cada vez menos las corrientes de capital, y estas podían moverse con rapidez hacia las zonas más productivas. En condiciones económicas casi perfectas, según la doctrina económica neoliberal dominante, podría haberse imaginado que la década habría sido de prosperidad y justicia social inigualables.

Sin embargo, la pobreza urbana continuó su acumulación implacable y la disparidad entre los países pobres y los ricos aumentó, justo como lo había hecho en los veinte años anteriores; en la mayoría de los países, la inequidad de ingresos se hizo mayor o, en el mejor de los casos, se estabilizó. La desigualdad en el mundo, según la midieron los economistas del Banco Mundial, alcanzó un increíble índice de Gini de 0,67 a fines de siglo. Este fue el equivalente matemático de una situación en que los dos tercios más pobres del mundo reciben cero ingresos y el otro tercio lo recibe todo.

¿Una humanidad excedente?

Entonces nos abrimos paso hasta la ciudad, aferrándonos a ella por sus mil grietas de supervivencia.

Patrick Chamoiseau, *Texaco*, 1997

La brutal tectónica de la globalización neoliberal desde 1978 es análoga a los procesos catastróficos que conformaron un «Tercer mundo» en la era del imperialismo victoriano tardío (1879-1900). En este último caso, la incorporación forzosa al mercado mundial de grandes masas campesinas de Asia y África provocó la muerte por hambruna de millones de personas y el desarraigo de decenas de millones más de sus tenencias tradicionales. El resultado final —también en América Latina—, fue la «semiproletarización» rural: la creación de una enorme clase mundial de semicampesinos y trabajadores agrícolas empobrecidos, carentes de seguridad de subsistencia. Como resultado, el siglo xx se convirtió en una era no de revoluciones urbanas —como había imaginado el marxismo clásico—, sino de trascendentales levantamientos rurales y guerras de liberación nacional de base campesina. Parecería que en estos tiempos el ajuste estructural ha funcionado como una reestructuración igualmente fundamental de los futuros humanos. Según concluyen los autores de *Slums*, «en lugar de ser centros de crecimiento y prosperidad, las ciudades se han convertido en un vertedero de la población excedente

En todas partes los pobres urbanos se ven obligados a asentarse en terrenos peligrosos o en los que por otras causas no puede construirse: laderas demasiado escarpadas, orillas de ríos y llanuras de inundación. También ocupan ilegalmente las sombras letales de refinerías, fábricas de productos químicos, vertederos tóxicos o márgenes de vías férreas y carreteras.

que trabaja en industrias, comercio, servicios no estructurados, no calificados, no protegidos, y de salarios bajos». Y declaran sin rodeos: «El surgimiento de este sector informal es [...] un resultado directo de la liberalización».³¹

De hecho, la clase trabajadora mundial no formalizada —que coincide en parte, pero no por entero, con la población de los barrios de tugurios— es de casi mil millones, lo cual la convierte en la clase social de más rápido crecimiento y la más inaudita de la Tierra. Desde que el antropólogo Keith Hart mencionó por primera vez el concepto de «sector informal», en 1973, un número enorme de publicaciones —la mayoría de las cuales no logra distinguir la microacumulación de la subsistencia— ha luchado con los gigantescos problemas teóricos y empíricos que entraña el estudio de las estrategias de supervivencia de los pobres urbanos. Existe un consenso básico, sin embargo, en el sentido de que la crisis de los años 80 invirtió las posiciones estructurales relativas de los sectores formal e informal promoviendo la supervivencia informal como el nuevo modo primario de vida en la mayoría de las ciudades del Tercer mundo.

Los sociólogos Alejandro Portes y Kelly Hoffman han evaluado la repercusión general de los programas de ajuste estructural y la liberalización en las estructuras de la clase urbana latinoamericana a partir de los años 60. De modo congruente con mis conclusiones, encuentran que desde entonces los empleados públicos y el proletariado estructurado han disminuido en todos los países de la región. En cambio, el sector informal de la economía, junto con la desigualdad social general, han crecido de modo drástico. A diferencia de algunos investigadores, establecen una distinción crucial entre una pequeña burguesía no estructurada y el proletariado informal. Demuestran que el primer estrato, los «microempresarios», tan amados en las escuelas de comercio de América del Norte, suelen ser profesionales desplazados del sector público o trabajadores calificados despedidos. Desde los años 80, han pasado de 5 a 10% de la población urbana económicamente activa, tendencia que refleja «la necesidad de antiguos

empleados asalariados de convertirse en empresarios debido a la disminución del empleo en el sector estructurado».³²

En general, según *Slums*, los trabajadores informales componen aproximadamente las dos quintas partes de la población económicamente activa del mundo en desarrollo. De acuerdo con los investigadores del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la economía informal emplea en estos momentos 57% de la fuerza laboral latinoamericana y proporciona cuatro de cada cinco nuevos «empleos».³³ Otras fuentes afirman que más de la mitad de los indonesios urbanos y 65% de los residentes en Dhaka subsisten en el sector informal.³³ *Slums* también cita investigaciones que encuentran que la actividad económica no estructurada representa de 33 a 40% del empleo urbano en Asia, de 60 a 75% en América Central y de 60% en África. De hecho, en las ciudades subsaharianas la creación de «empleos en el sector formal» ha dejado de existir.

Los expertos que creen en el capitalismo basado en el esfuerzo propio, pueden ver en esta enorme población de trabajadores marginados, empleados públicos despedidos y antiguos campesinos una colmena frenética de empresarios ambiciosos que anhelan derechos oficiales de propiedad y espacio competitivo no reglamentado, pero resulta más lógico considerar a la mayoría de los trabajadores informales como desempleados «activos» sin más opción que subsistir de alguna forma o morir de hambre.³⁵

Como nos recuerda Deborah Bryceson, los barrios de tugurios se originan, por supuesto, en las zonas campestres del mundo, donde la competencia desigual con la agroindustria en gran escala rasga la sociedad rural tradicional «por sus costuras».³⁶ En la medida en que las zonas rurales pierden su «capacidad de almacenamiento», los tugurios toman su lugar y la «involución» urbana sustituye a la rural como sumidero de fuerza laboral excedente que solo puede subsistir mediante hazañas cada vez más heroicas de autoexplotación, y la subdivisión cada vez más competitiva de nichos de supervivencia ya densamente llenos. La «modernización», el «desarrollo» y ahora el

«mercado» sin restricciones han tenido su momento. Se ha expulsado del sistema mundial la fuerza laboral de mil millones de personas y, ¿quién puede imaginar una situación hipotética verosímil, bajo los auspicios neoliberales, que pueda reintegrarlos como trabajadores productivos o masas consumidoras?

Marx y el Espíritu Santo

[Dice el Señor:] Llegará el momento en que el pobre diga que no tiene nada que comer y el trabajo se cierre [...] Eso va a hacer que el pobre vaya a esos lugares y entre en busca de alimento. Esto hará que el rico salga con su fusil para hacer la guerra al trabajador [...] La sangre estará en las calles como lluvia caída del cielo.

Una profecía de «Azusa Street Awakening», 1906

Ya el capitalismo tardío realizó la selección de aquellos que recibirían ayuda por ser considerados con más probabilidades de sobrevivir. El crecimiento mundial de un vasto proletariado informal constituye, además, un suceso estructural por entero original, imprevisto por el marxismo clásico y por los expertos de la modernización. *Slums* desafía la teoría social al comprender la novedad de la existencia de un verdadero residuo mundial que carece del poder económico estratégico de la fuerza laboral socializada, pero que se encuentra enormemente concentrado en un mundo de tugurios, rodeando los enclaves fortificados de los ricos urbanos.

En el siglo XIX existieron tendencias a la involución urbana. Las revoluciones industriales europeas fueron incapaces de absorber la oferta completa de fuerza laboral rural desplazada, sobre todo después que, desde la década de los 70, la agricultura continental se vio expuesta a la devastadora competencia de las praderas de América del Norte. Pero la emigración a las sociedades de asentamiento en el continente americano y en Oceanía, así como a Siberia, brindaron una dinámica válvula de escape que evitó el surgimiento de megadublines, así como la expansión del tipo de anarquismo de clase marginada que había echado raíces en los lugares más empobrecidos del sur de Europa. Hoy la fuerza laboral excedente, en cambio, encara barreras sin precedentes, un «gran muro» de alta tecnología que impide el tránsito por las fronteras y la migración en gran escala a los países ricos. Así, solo quedan los barrios de tugurios como solución plenamente autorizada al problema de almacenar a la humanidad excedente del siglo XXI. ¿Pero acaso los grandes tugurios, como imaginó alguna vez una aterrada burguesía victoriana, son volcanes esperando la erupción? ¿O acaso la inmisericorde competencia

darwiniana, según la cual volúmenes crecientes de pobres compiten por las mismas sobras, garantiza la violencia comunal que se consume a sí misma como la forma superior de involución urbana? ¿En qué medida un proletariado informal posee el más potente de los talismanes marxistas: «la actuación histórica»? ¿Puede la fuerza laboral desincorporada involucrarse en un proyecto de emancipación mundial? ¿O es la sociología de la protesta en la megaciudad empobrecida una regresión a la turba urbana preindustrial, episódicamente explosiva durante las crisis de consumo; pero, de no haber crisis, fácilmente manejable mediante el padrinazgo, el espectáculo populista y los llamados a la unidad étnica? ¿O se trata de algún sujeto histórico nuevo, inesperado, a la manera de Hardt y Negri, que se arrastra hacia la superciudad?

En rigor, las publicaciones actuales sobre la pobreza y la protesta urbana ofrecen pocas respuestas a estas preguntas. Algunos investigadores preguntarían si la diversidad étnica de los pobres que viven en los tugurios o los trabajadores informales, con heterogeneidad económica, constituyen siquiera una «clase en sí» y mucho menos una «clase para sí», con posibilidad de ser activa. Sin dudas, el proletariado no estructurado lleva «cadenas radicales», en el sentido marxista de tener poco o ningún interés en la preservación del modo de producción existente. Pero como los emigrantes rurales desarraigados y los trabajadores informales han sido desposeídos en gran medida de fuerza laboral reemplazable o reducidos al servicio doméstico en las casas de los ricos, tienen poco acceso a la cultura del trabajo colectivo o a la lucha de clases. Su escenario social, por necesidad, debe ser el de las calles de los tugurios o el mercado, no la fábrica o la cadena de ensamblaje internacional.

Las luchas de los trabajadores informales, como recalca John Walton, han tendido, sobre todo, a ser episódicas y discontinuas. Suelen también centrarse en temas de consumo inmediato: invasiones de tierra en busca de viviendas asequibles, y disturbios contra el aumento de los precios de los alimentos o los servicios públicos. En el pasado, al menos, «los problemas urbanos de las sociedades en desarrollo han estado mediados casi siempre más por las relaciones patrono-cliente que por el activismo popular».³⁶ Desde la crisis de la deuda de los años 80, los líderes neopopulistas latinoamericanos han alcanzado un enorme éxito explotando el deseo de los pobres urbanos de tener estructuras más estables y predecibles de vida cotidiana.

¿Persistirán estas sociologías de la protesta «al estilo del siglo XVIII», a mediados del siglo XXI? Es probable que el pasado no sea una buena guía para el futuro. La historia no es uniforme. El nuevo mundo urbano evoluciona con rapidez extraordinaria y muchas veces

en direcciones impredecibles. En todas partes la acumulación continua de pobreza socava la seguridad existencial y plantea desafíos incluso más extraordinarios al ingenio económico de los pobres. Puede que haya un punto final en que la contaminación, la congestión, la codicia y la violencia de la vida urbana diaria al fin abrumen la deferencia *ad hoc* y las redes de supervivencia de los tugurios. Sin dudas, en el viejo mundo rural había límites, muchas veces calibrados por la hambruna, que pasaban directamente al estallido social. Pero nadie sabe todavía la temperatura social en que se producirá la combustión espontánea en las nuevas ciudades de la pobreza.

De hecho, al menos de momento, Marx ha entregado el escenario histórico a Mahoma y al Espíritu Santo. Si Dios murió en las ciudades de la revolución industrial, ha resucitado en las posindustriales del mundo en desarrollo. El contraste entre las culturas de la pobreza urbana en las dos eras es extraordinario. Como ha mostrado Hugo McLeod, en su magistral estudio sobre la religión de la clase obrera victoriana, Marx y Engels tenían razón, en gran medida, al creer que la urbanización secularizaba a la clase obrera. Aunque Glasgow y Nueva York fueron excepciones parciales, «la línea de interpretación que asocia el distanciamiento de la clase obrera de la iglesia con el aumento de su conciencia de clase es, en un sentido, indiscutible». Si las pequeñas iglesias y sectas disidentes prosperaban en los barrios de tugurios, la gran corriente era la incredulidad activa o pasiva. Ya en el decenio de 1880, Berlín escandalizaba a los extranjeros por ser «la ciudad menos religiosa del mundo» y en 1902, en Londres, la asistencia adulta media a la iglesia en el East End y en Dockland, ambos barrios proletarios, era apenas de 12% y, para eso, casi toda católica.³⁸

Hoy, por otra parte, el Islam populista y el cristianismo pentecostal —y en Bombay el culto a Shivaji— ocupan un espacio social análogo al del socialismo y el anarquismo de principios del siglo xx. En Marruecos, donde todos los años se absorbe medio millón de emigrantes rurales en las atestadas ciudades, y la mitad de la población tiene menos de 25 años, un movimiento islamista como Justicia y Bienestar, fundado por el jeque Abdessalam Yassin, se ha convertido en uno de los verdaderos gobiernos de los tugurios: organizan escuelas nocturnas, brindan asesoría jurídica a víctimas de abusos estatales, compran medicinas para los enfermos, subvencionan peregrinajes y pagan funerales. Como admitió hace poco a Ignacio Ramonet el primer ministro Abderrahman Youssoufi, el líder socialista que en un tiempo fue exiliado por la monarquía: «Nosotros [la izquierda] nos hemos aburguesado. Nos hemos apartado del pueblo. Necesitamos reconquistar los sectores populares. Los

islamistas han seducido a nuestro electorado natural. Le prometen el cielo en la tierra». Por su parte, un líder islámico le dijo a Ramonet: «Ante la desatención del Estado y frente la brutalidad de la vida cotidiana, la gente descubre, gracias a nosotros, la solidaridad, la autoayuda, la fraternidad. Comprende que el Islam es humanismo».³⁹

La contrapartida al Islam populista en los tugurios de América Latina y en gran parte de África subsahariana es el pentecostalismo. El cristianismo, desde luego, es ahora una religión mayoritariamente no occidental —dos tercios de sus adeptos viven fuera de Europa y América del Norte— y el pentecostalismo su misionero más dinámico en las ciudades de pobreza. De hecho, su especificidad histórica consiste en ser la primera religión mundial importante surgida casi por entero del suelo de los tugurios urbanos modernos. Con raíces en la espiritualidad afroamericana y metodista, «despertó» cuando, en 1906, el Espíritu Santo dio el don de lenguas a los participantes en un maratón interracial de oración en una barriada pobre de Los Ángeles (la calle Azusa). Según diversos historiadores, el pentecostalismo norteamericano temprano, que se unifica en torno al bautismo espiritual, la sanación milagrosa, el carisma y una creencia perenne en una guerra mundial venidera del capital y el trabajo, surgió como una «democracia profética», cuya base urbana y rural se superponía, respectivamente, con las del populismo y el Industrial Workers of the World (IWW).⁴⁰ De hecho, sus primeros misioneros a América Latina y África solían vivir en la pobreza extrema, salían con poco o ningún dinero, pocas veces sabían dónde pasar la noche o de dónde vendría su siguiente comida. Tampoco quedaban atrás de la IWW en sus vehementes denuncias de las injusticias del capitalismo industrial y su inevitable destrucción.

Resulta sintomático que la primera congregación de Brasil, en un distrito obrero anarquista de São Paulo, la fundara un artesano italiano que, en Chicago, había abandonado a Malatesta por el Espíritu.⁴¹ En Sudáfrica y Rhodesia, el pentecostalismo estableció sus espacios en los tugurios y barracas de mineros donde pareció concordar con los conceptos autóctonos de fuerzas espirituales y pragmáticas y compensar la despersonalización e impotencia de la experiencia laboral urbana. Según descubrió R. Andrew Chestnut en las *baixadas* de Belem, el pentecostalismo —dado que concede un papel más amplio a las mujeres que otras iglesias cristianas, y hace gran hincapié en la abstinencia y la frugalidad—, siempre ha atraído especialmente a «la capa más menesterosa de las clases empobrecidas»: esposas abandonadas, viudas y madres solteras. A partir de 1970, y en gran medida por el atractivo que ejerce en las mujeres de los tugurios y por

su reputación de no establecer distinciones raciales, se ha convertido en el que puede considerarse el movimiento autoorganizado más amplio de personas pobres urbanas del planeta.⁴²

Aunque el dato de que hace unos cuatro años había «más de 533 millones de carismáticos-pentecostales en el mundo» es probablemente hiperbólico, pudiera muy bien haber la mitad de ese número. Suele convenirse que 10% de América Latina es pentecostal —unos 40 millones de personas— y que el movimiento ha sido la respuesta cultural individual más importante a la urbanización fulminante y traumática. Por supuesto, al extenderse por todo el mundo, el pentecostalismo se ha diferenciado en diversas corrientes y sociologías. Pero si en Liberia, Mozambique y Guatemala las iglesias patrocinadas por los Estados Unidos han sido vectores de dictadura y represión, y si algunas congregaciones estadounidenses se han aburguesado dentro de la corriente suburbana general de fundamentalismo, la oleada misionera del pentecostalismo en el Tercer mundo sigue estando más cerca del espíritu milenarista original de la calle Azusa. Y, sobre todo, «el pentecostalismo sigue siendo una religión de la periferia no estructurada» y en Belem, en especial, «de los más pobres de los pobres». Jefry Gamarra sostiene que en Perú, donde el pentecostalismo crece con rapidez casi exponencial en las vastas «barriadas» de Lima, el incremento de las sectas y de la economía informal «es consecuencia y respuesta una de otra».⁴³

En contraste con el Islam populista, que recalca la continuidad de civilización y la solidaridad de la fe que trasciende las clases, el pentecostalismo, en la tradición de sus orígenes afroamericanos, conserva una identidad fundamentalmente de exilio. Aunque como el Islam, en los barrios de tugurios se relaciona con las necesidades de supervivencia de la clase obrera informal —organizando redes de autoayuda para las mujeres pobres, ofreciendo sanación por la fe como paramedicina, brindando recuperación del alcoholismo y la adicción, protegiendo a los niños de las tentaciones de la calle y cosas por el estilo—, su premisa esencial es que el mundo urbano es corrupto, injusto e irreformable. Queda por ver si, como afirma Jean Comaroff, esta religión «de los marginados de los barrios de viviendas pobres de la modernidad neocolonial» es en realidad una resistencia «más radical» que «la participación en la política oficial o los sindicatos».⁴⁴ Pero con la izquierda todavía en gran medida ausente de los tugurios, la escatología del pentecostalismo rechaza de modo admirable el destino inhumano de la ciudad del Tercer mundo, que advierte *Slums*. También santifica a aquellos que, en todo sentido estructural y existencial, viven realmente en el exilio.

Traducción: María Teresa Ortega Sastriques.

Notas

1. Fondo de Población de Naciones Unidas, *World Urbanization Prospects*, Revisión de 2001, Nueva York, 2002.
2. Population Information Program, *Population Reports: Meeting the Urban Challenge*, v. xxx, n. 4, Nueva York, otoño de 2002, p. 1.
3. Wolfgang Lutz, Warren Sandeson y Sergei Scherbov, «Doubling of World Population Unlikely», *Nature*, n. 387, Londres, 19 de junio de 1997, pp. 803-4. Sin embargo, las poblaciones de África subsahariana se triplicarán y la de la India se duplicará.
4. UN-Habitat, *The Challenge of the Slums: Global Report on Human Settlements*, Londres, 2003, p. 3.
5. Miguel Villa y Jorge Rodríguez, «Demographic Trends in Latin America's Metropolises, 1950-1990», en Alan Gilbert, ed., *The Mega-City in Latin America*, The United Nations University Press, Tokio, 1996, pp. 33-4.
6. Véase Jing Neng Li, «Structural and Spatial Economic Changes and Their Effects on Recent Urbanization in China», en Gavin Jones y Pravin Visaria, eds., *Urbanization in Large Developing Countries*, Oxford University Press, Cambridge, 1997, p. 44.
7. Ídem.
8. Véanse T. McGee, «The Emergence of Desakota Regions in Asia: Expanding a Hipótesis», en Northon Ginsburg, Bruce Koppell y T. McGee, eds., *The Extended Metropolis: Settlement Transition in Asia*, University of Honolulu Press, Honolulu, 1991.
9. Yue-man Yeung y Fu-chen Lo, «Global restructuring and emerging urban corridors in Pacific Asia», en Yue-man Yeung y Fu-chen Lo, eds., *Emerging World Cities in Pacific Asia*, The United Nations University Press, Tokio, 1996, p. 41.
10. Wang Mengkui, asesor del Consejo de Estado, citado en el *Financial Times*, 26 de noviembre de 2003. Se calcula que casi 300 millones de chinos han pasado de zonas rurales a ciudades a partir de las reformas de mercado que se produjeron a fines de los años 60. Se prevé que otros 250 o 300 millones los sigan en decenios venideros.
11. Prefacio a Jacinta Prunty, *Dublin Slums 1800-1925: A Study in Urban Geography*, Irish Academic Press, Dublín, 1998, p. ix.
12. UN-Habitat, ob. cit.
13. Branko Milanovic, *True World Income Distribution 1988 and 1993*, Banco Mundial, Nueva York, 1999. Milanovic y su colega Schlomo Yitzhaki son los primeros en calcular la distribución mundial de ingresos basada en la encuesta por hogares de países individuales.
14. Para ser justos, la UNICEF lleva años criticando al FMI y señalando que «cientos de miles de niños del mundo en desarrollo han dado sus vidas para pagar las deudas de sus países». Véase *The State of the World's Children*, UNICEF, Nueva York, 1989, p. 30.
15. La traducción de *slum* de los órganos de Naciones Unidas (UNICEF, CNUMAD, HABITAT) y que empleamos en esta traducción, es *tugurio* o *barrio de tugurios*, del latín *tugurius*, que en español significa habitación o vivienda mezquinas o choza. *Slum* parece haber tenido un origen de mayor colorido. [N. del T.]
16. Jacinta Prunty, ob. cit., p. 2.
17. Winter King, «Illegal Settlements and the Impact of Titling Programmes», *Harvard Law Review*, v. 44, n. 2, Cambridge, septiembre de 2003, p. 471.

18. Naciones Unidas, *Karachi*, serie Population Growth and Policies in Megacities, Nueva York, 1988, p. 19.
19. UN-Habitat, ob. cit., p. 12.
20. *Ibidem*.
21. Los teóricos del «sesgo urbano» como Michael Lipton, que inventaron el término en 1977, afirman que en los países en desarrollo la agricultura tiende a estar subcapitalizada y las ciudades relativamente «sobrurbanizadas» debido a que las políticas fiscales y financieras favorecen a las élites urbanas y distorsionan las corrientes de inversión. En su límite, las ciudades son vampiros del campo. Véase Michael Lipton, *Why Poor People Stay Poor: A Study of Urban Bias in World Development*, Binding, Cambridge, 1977.
22. Estabilización o racionalización de la economía [N. del T.]
23. «Megacities», *Time*, Londres, 11 de enero de 1993, p. 26.
24. Michael Mattingly, «The Role of the Government of Urban Areas in the Creation of Urban Poverty», en Sue Jones y Nici Nelson, eds, *Urban Poverty in Africa*, Intermediate Technology Publications, Londres, 1999, p. 21.
25. Adil Ahmad y Ata El-Batthani, «Poverty in Khartoum», *Environment and Urbanization*, v. 7, n. 2, Londres, octubre de 1995, p. 205.
26. Banco Mundial, *Nigeria: Country Brief*, Washington DC, septiembre de 2003.
27. Gustavo Riofrío, «Lima: Mega-City and Mega-Problem», en Alan Gilbert, ob. cit., p. 159.
28. Hamilton Tolosa, «Rio de Janeiro: Urban Expansion and Structural Change», en Alan Gilbert, ob. cit., p. 211.
29. Banco Mundial, *Inequality in Latin America and the Caribbean*, Washington DC, 2003.
30. Christian Rogerson, «Globalization or informalization? African urban economies in the 1990s», en Carole Rakodi, ed., *The Urban Challenge in Africa Growth and Management of its Large Cities*, The United Nations University Press, Tokio, 1997, p. 348.
31. UN-Habitat, ob. cit., pp. 40-6.
32. Alejandro Portes y Kelly Hoffman, «Latin American Class Structures: Their Composition and Change During the Neoliberal Era», *Latin American Research Review*, v. 38, n. 1, Nuevo México, 2003, p. 55.
33. Citado en *The Economist*, Londres, 21 de marzo de 1998, p. 37.
34. Dennis Rondinelli y John Kasarda, «Job Creation Needs in Third World Cities», en John Kasarda y Allan Parnell, eds., *Third World Cities: Problems, policies and prospects*, Newbury Park, California, 1993, pp. 106-7.
35. Orlandina de Oliveira y Bryan Roberts recalcan con razón que el estrato inferior de la fuerza laboral urbana debiera identificarse «no tan solo por títulos ocupacionales o si el empleo es estructurado o informal, sino por la estrategia familiar para la obtención de un ingreso». La masa de pobres urbanos solo pueden existir «haciendo un fondo común con los ingresos, compartiendo la vivienda, los alimentos y otros recursos» con parientes o personas de su pueblo de origen. («Urban Development and Social Inequality in Latin America», en Josef Gugler, *Cities in the Developing World*, Oxford University Press, Oxford, 1997, p. 290.
36. Deborah Bryceson y Dorothy McCormick, *Disappearing Peasantries*, Intermediate Technology Group, Londres, 2000, pp. 307-308.
37. John Walton, «Urban Conflict and Social Movements in Poor Countries: Theory and Evidence of Collective Action». Documento para la conferencia «Cities in Transition», Universidad de Humboldt, Berlín, julio de 1987.
38. Hugh McLeod, *Piety and Poverty: Working-Class Religion in Berlin, London and New York, 1870-1914*, Holmes & Meier, Nueva York, 1996, pp. xxv, 6, 32.
39. Ignacio Ramonet, «Le Maroc indécis», *Le Monde Diplomatique*, París, julio de 2000, pp. 12-3. Otro antiguo izquierdista le dijo a Ramonet: «Casi 65% de la población vive bajo el límite de la pobreza. Las personas de los *bidonvilles* están separadas por entero de las élites. Ven a las élites del modo que veían a los franceses».
40. En su polémica interpretación sociológica del pentecostalismo, Robert Mapes Anderson afirmaba que su «intención inconsciente», como la de otros movimientos milenarios, era en realidad «revolucionario». (*Vision of the Disinherited: The Making of American Pentecostalism*, Oxford University Press, Oxford, 1979, p. 222.)
41. Andrew Chesnut, *Born Again in Brazil: The Pentecostal Boom and the Pathogens of Poverty*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1997, p. 29. Sobre las asociaciones históricas del pentecostalismo con el anarquismo en el Brasil, véase Paul Freston, «Pentecostalism in Latin America: Characteristics and Controversies», *Social Compass*, v. 45, n. 3, Londres, 1998, p. 342.
42. «En toda la historia humana, ningún otro movimiento humano voluntario no político, no militarista, ha crecido con la rapidez que lo ha hecho el movimiento carismático pentecostal en los últimos veinte años». Peter Wagner, prefacio a Vinson Synan, *The Holiness-Pentecostal Tradition: Charismatic Movements in the 20th Century*, Century Books, Grand Rapids, 1997, p. xi.
43. Jefry Gamarra, «Conflict, Post-Conflict and Religion: Andean Responses to New Religious Movements», *Journal of Southern African Studies*, v. 26, n. 2, Londres, junio de 2000, p. 272. Andrés Tapia cita al teólogo peruano Samuel Escobar, quien ve a Sendero Luminoso y a los pentecostales como «dos caras de una misma moneda [...] ambos procuraban una poderosa ruptura de las injusticias, solo que los medios son diferentes». «Con el deterioro de Sendero Luminoso, el pentecostalismo ha quedado como vencedor de las almas de los peruanos pobres».
44. Jean Comaroff, *Body of Power, Spirit of Resistance*, University of Chicago Press, Chicago, 1985, pp. 259-63.